

Rentería, marinera

Una gran parte de la zona urbana de la actual Rentería está edificada sobre terrenos ganados al mar. Es como una sirena que hubiera salido de las aguas azules del fiordo de Pasajes. Si levantara la cabeza algún renteriano de los siglos XV o XVI no podría reconocerla, aunque las calles antiguas que se agolpan en torno a la iglesia, que no era la suya, desde luego, aunque posiblemente tuviera el mismo emplazamiento que la actual, le recordaran por su trazado las que se extendían, en su tiempo, dentro de la cerca que guardaba la villa. Cuentan don Serapio Múgica y don Fausto Arocena, con referencia a un informe enviado por los señores Gamón a la Academia de la Historia, que las antiguas calles encerradas en la cerca —sería mucha pretensión llamarla muralla—, en forma de óvalo, eran siete, las llamadas de Abajo, del Medio, la Iglesia, la de Arriba, Capitaneña, Santa María y Sanchoeña. Su actual situación nos señala, con precisión sin duda, el recinto urbano que construyeron los renterianos, una vez autorizados para ello, por Privilegio dado por Alfonso XI, en 5 de Abril del año 1320.

Sobre los terrenos del viejo Concejo de Oyarzun, que se extendía desde el monte lejano hasta la orilla S. E. del fondón de Pasajes, prolongado tierra adentro por un río de ancho cauce aunque no tuviera mucho fondo, las casas estaban diseminadas y sus moradores vivían, por tanto, esparcidos y sueltos. Bien lo revela aquella vieja tradición que recogió el «Laboratorio de Etnología y de Eusko Folklore» que dice que, cuando en el Valle no había más que una casa y se iba a levantar la segunda a una legua de distancia, el dueño de la primera se lamentó al de la proyectada, exclamando: «aldexko aldexko, auzuak ongui izateko», (demasiado cerquita, demasiado cerquita para llevarse bien los vecinos).

Sin embargo, no era tiempos para que las gentes vivieran a su aire, en lo ancho del monte. Navarros y gascones e incluso guipuzcoanos, les sorprendían de cuando en cuando en su soledad y les causaban «muy grandes daños e males así é en muertos é en robos é en fuerzas como en otras maneras». Fué por esto, y para que estuviesen más guardados y defendidos de estos males, que el Rey les autorizó a que construyesen en el lugar que decían de Orereta, unas casas agrupadas las unas a las otras, que sus vecinos cercarían como mejor pudiesen.

Algunos moradores del valle de Oyarzun, que habían vivido hasta entonces aquí y allí, sueltos por el monte y las guadas, se agruparon en Orereta como las ovejas cuando ventean la tronada, construyeron sus casas sobre las siete calles primitivas que constituían el trazado urbano de la población y las cercaron, para su abrigo y defensa. A este conglomerado, al que el Rey había dado rango administrativo de villa, le llamarían Villanueva de Oiarso.

Por el Norte y el Este, las aguas del fiordo de Pasajes y el río llegarían hasta muy cerca del recinto exterior levantado en Orereta, sobre todo en las pleamares. Se puede afirmar sin miedo a la aventura, que toda la zona comprendida al Norte y al Este de la calle de Viterí era mar; como era mar, también, la de los actuales terrenos del otro lado del río, que luego se llamaron «Casas Nuevas» porque lo fueron en su tiempo, sin duda.

Posiblemente sería en estas tierras, hoy secas y reseacas, ocupadas por calles, casas, fábricas y talleres, donde los Amasa aprendieron el arte de construir navíos, pues como dice uno de los varios Juan de Amasa que en Rentería ha habido, en memorial dirigido al Rey Felipe IV: «siguiendo las pisadas de los dichos sus pasados con las noticias y papeles de las medidas y trazas de navíos que dejaron y muchos que vió fabricar en la villa de Rentería, donde nació, que sólo una vez fabricó el capitán Ojeda 29 navíos por cuenta de V. M. y muchos más los vecinos particulares, y con inteligencia que alcanzó en la materia, el año 1605 tomó el primer asiento con V. M. para fabricar dos gacones de a 600 toneladas».

Si damos crédito a este memorial, del que no tenemos por qué dudar, forzoso es admitir que en Rentería había unos astilleros dilatados, de una intensa vida fabril. No es preciso tener imaginación para suponer un intenso tráfico industrial-marítimo, en la vieja villa de Rentería, hoy lejos del mar. Las veintinueve quillas de Ojeda y las otras de los vecinos particulares, con su roda y su codaste al aire, reclamarían incesantemente madera para sus cuadernas, baos y trancañiles, que formarían la osamenta de los navíos en construcción. Bajarían las carretas del monte cargadas de troncos, frescos aún, que las serrerías de la villa, a golpe de azuela y de sierra de mano, se encargarían de preparar, convirtiéndolos en maderos para el armazón y, en tablas para los forros. Repiquetearían sin tregua los martillos en la clavazón, pues las veintinueve quillas, más las de los vecinos particulares, exigen muchos millones de clavos para dejar las embarcaciones correspondientes en condiciones de navegar. Y, de sol a sol, trabajarían los carpinteros de ribera cada uno en su puesto, pues una obra tan extensa y múltiple requiere una standarización en el trabajo, aunque la palabra no hubiera sonado aún.

La estampa de todas las quillas alineadas como corresponde a la ordenación de un obraje en serie, constituiría un verdadero acontecimiento en Rentería, acontecimiento espectacular, más o menos próximo, y de verdadera espectación, para ver todos aquellos barcos, con las velas abiertas al viento, saliendo al mar por el canal de Pasajes.

Apenas habían transcurrido trescientos años desde que los primeros renterianos habían bajado del monte a poblar el lugar de Orereta, dejando o vendiendo sus tierras y sus ganados, y los nuevos renterianos, los de entonces, se hallaban todos afeitados en una empresa marinera. Y, en efecto, Rentería era entonces, y aún antes, tan íntima y profundamente marinera, que, el Castillo, que constituye el motivo central de su escudo, que acaso venga del año 1340, estaba emplazado sobre ondas de mar como correspondía a una villa que se levantaba a su borde.

Pero a la tierra vuelve quien de la tierra viene. Y si los pobladores de Orereta habían bajado de las casas esparcidas por el monte del valle de Oyarzun, no podrían conseguir que la villa que fundaran, aunque lo fuera a la orilla del mar, mantuviera su condición marítima, por los siglos de los siglos. El sino de los pobladores tiraba al monte, y Rentería tenía que ser a la postre, tierra interior, al menos en el corazón del villazgo, es decir, en su casco urbano, que es quien da naturaleza y condición a una población.

Hoy, difícilmente podríamos ver en el río Oyarzun prolongación del fiordo de Pasajes, apretado por sucesivos aportes de tierras y arenas, primero, y por canalizaciones, después, restos de puerto antiguo ninguno. Y, sin embargo, acaso estuviera allí el puerto de Oiarso, del que hablan los geógrafos clásicos y, desde luego, allí estuvieron los astilleros de la Magdalena, de Ugarriza y de Basanoaga.

No es que los renterianos de hoy hayan perdido su espíritu marinero del que sus antecesores dieron tantas pruebas en la historia. Ha sido el movimiento biológico de la tierra, se podría decir, por una parte y, la necesidad de crecimiento de población y el sentido de empresa de sus hombres, por otra, quienes han ido ganándole terreno al mar, para dar paso a una Rentería floreciente y próspera que no cabía en la cerca que levantaron para su defensa los primitivos pobladores, ni siquiera en las tierras que iban desde la cerca hasta el mar.

Pero Rentería no olvida su historia y su condición, como lo pregonan las ondas de su escudo y el agua salada que, aunque sea encajonada en un canal de cemento y bajo los arcos de los puentes, sube a visitarla dos veces cada día, trayéndole en las pleamares una palpitación salobre y marinera.

M. Ciriquiain-Gaiztarro